

¿Qué es lo que define Mesoamérica?



Desde 1943, fecha de su formulación, el término Mesoamérica ha logrado constituirse como una realidad que plantea a la arqueología mexicana problemas por resolver, al mismo tiempo que la asiste enmarcando sus resultados y posibilitando interpretaciones de una naturaleza particular.

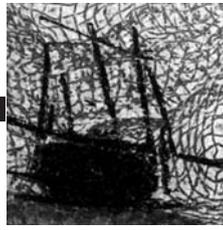
El término ha sido utilizado y defendido por arqueólogos con enfoques diferentes e, incluso, irreconciliables. Difusionistas, culturalistas y materialistas han articulado el término a sus sistemas conceptuales; todos han visto a Paul Kirchhoff como uno de ellos. Si esto prueba algo es que el término no ha sido lo suficientemente discutido; en ausencia de una revisión crítica de su conformación y significado, ha encontrado su propia valoración que —podemos avanzar— encontramos desproporcionada.

En el marco de la Mesa Redonda, para la cual se escribe este trabajo, quisiera contribuir a esa revisión. No se trata de discutir el término en su aspecto utilitario; no hay duda que su existencia facilita la comunicación entre arqueólogos: todos lo utilizamos cotidianamente para ubicarnos espacial y, digamos, culturalmente. Lo que quisiera es disertar sobre el por qué de la aceptación del término por investigadores tan disímiles en lo que respecta a teorías que suscriben. Adicionalmente, desearía contribuir a la definición del campo de investigación que la adopción del término Mesoamérica abre a la arqueología mexicana.

Con estos propósitos, quisiera partir del análisis de un trabajo de Kirchhoff posterior a la aparición de su “Mesoamérica: sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales”; se trata del ensayo “Recolectores y agricultores en el Gran Suroeste: un problema de clasificación” (1954), el cual, por tratarse de una polémica, concretamente con Alfred L. Kroeber, es, de todos los escritos de Kirchhoff sobre el tema, el

* Dirección de Estudios Arqueológicos, INAH. Tomado de *La validez teórica del concepto Mesoamérica. XIX Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*, México, INAH-SMA (Científica, 198), 1990 (1985), pp. 11-20.





que más elementos aporta para evaluar sus posiciones teóricas y metodológicas. Posteriormente, con el marco referencial establecido, regresaría a discutir “Mesoamérica...” y la situación general derivable de este trabajo en lo que respecta a la práctica de la arqueología en México.

El problema a resolver en “Recolectores y agricultores...” es, como su título lo anuncia, un problema de clasificación. Se trata de establecer si recolectores y agricultores del Gran Suroeste,

[...] una vez establecidos en esta área, desarrollaron nuevas o retuvieron viejas características que los hicieron apartarse de sus parientes al norte y sur, respectivamente. ¿Son estas diferencias suficientemente importantes para garantizar el estatuto de áreas culturales separadas? ¿Hasta qué punto las dos grandes corrientes se han influenciado una a otra? ¿Han mantenido su separación cultural a tal grado que constituyen dos áreas culturales, o se han fundido en una sola? (p. 531).

Junto con el enunciado del problema, Kirchhoff señala el lugar donde se resuelve: se halla localizado en el grupo intermedio de aquellos que ha adoptado “bien sea la agricultura y algunos otros rasgos de la cultura de los agricultores, o sólo esto último”. Para el primer caso, por cierto, acuñaría el término de *part-farmers*, es decir, grupos dedicados sólo parcialmente a la agricultura.

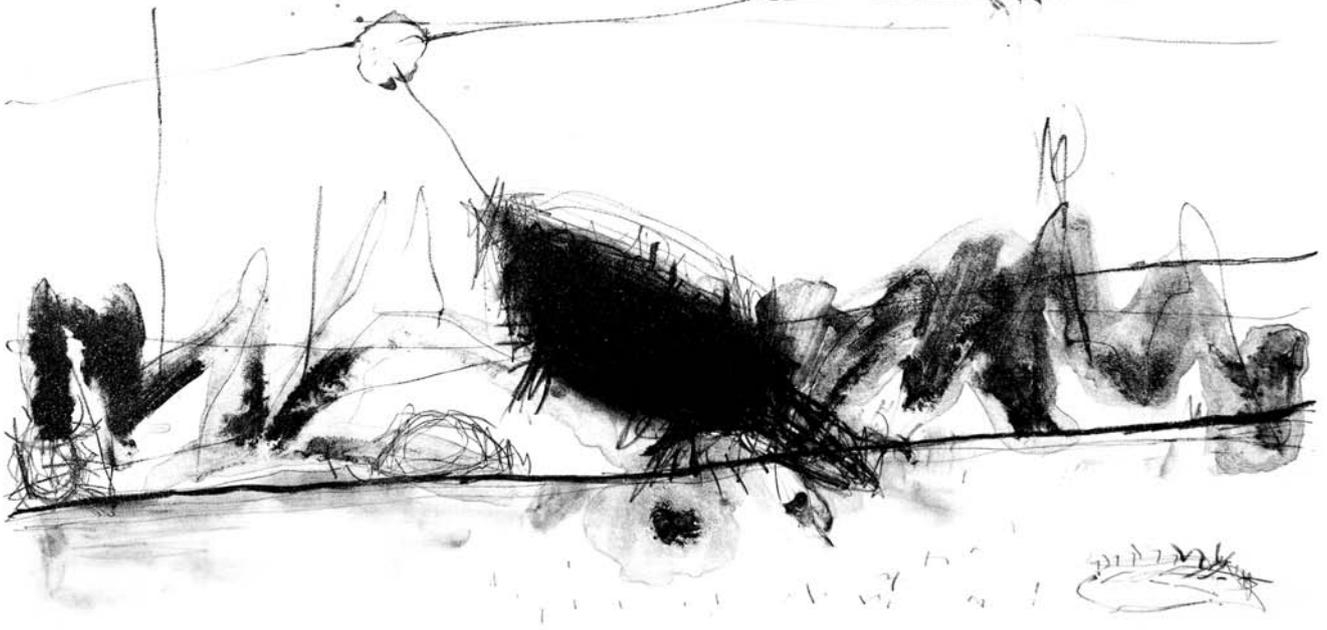
Para Kirchhoff resultaba bien conocido el debate que en esa época se había establecido sobre el proceso de domesticación de plantas en América, así como la discusión sobre el origen de las manifestaciones culturales más sobresalientes del llamado auge del Suroeste. En los momentos en que Kirchhoff escribió su artículo, el maíz más temprano que se tenía para el Suroeste era el encontrado en Bat Cave, Nuevo México, fechado por radiocarbono hacia el año 3000 a.n.e.; para México la fecha correspondiente era de 2500 a.n.e., concretamente en la Sierra Madre de Tamaulipas. Esta diferencia parecía reforzar la tesis de desarrollos independientes, una idea muy extendida en ese momento. Kirchhoff, sin embargo, optó por la tesis que establecía el origen de la agricultura en el centro de México. En

efecto, los trabajos de prospección que se realizaron “entre 1951 y 1955 sugerían que el área probable de la domesticación primaria se encontraba en algún lugar al sur del Valle de México y al norte de Chiapas” (Barbara Bender, 1975: 167). Carl O. Sauer era uno de los que apoyaban la tesis; su argumentación era que para haberse dado en el Suroeste condiciones para el cultivo del maíz, era necesario antes un proceso de adaptación a las condiciones particulares de la región, y esto no era asociable sino a un momento migratorio:

Que [la introducción de la agricultura en el Suroeste] fue realizada por colonizadores que llegaron del sur y no por la adopción de la agricultura por parte de los recolectores y cazadores locales, no está probado pero resulta razonable dado que la selección adaptativa implica una larga y fuerte dedicación para hacer exitosa la agricultura en medios ambientes difíciles (Sauer, 1954: 554).

En esos momentos existía también (y existe, todavía) la idea de que el juego de pelota, la escultura de piedra reminiscente de los Chac-Mool, los cascabeles de cobre vaciado, el hilado y tejido de algodón, la columnata como elemento arquitectónico, y muchos otros rasgos, llegaron al Suroeste desde Mesoamérica, directamente o a través de culturas intermedias (véase, por ejemplo, Gordon R. Willey, 1966). La idea no estaba fundamentada en la existencia de diferencias temporales comprobadas sino más bien en una contrastación tradicional: a mayor número de manifestaciones y mejor realización de la obra, más alta la probabilidad de que el sitio sea el donante de la técnica e ideología correspondientes. Cualquiera que contraste, por ejemplo, los juegos de pelota de Snaketown con los del centro de México, difícilmente escapa de ser convencido de que el primero es una expresión marginal y temporalmente retrasada de la cultura del segundo.

De aceptarse estas ideas, la postulación de una situación endémica se hace prácticamente ineludible: el centro de México como donante y el Suroeste como receptor permanente de cultura, desde una fecha en que existía en el Suroeste una economía generalizada de recolección. De esta manera, si las transformaciones



esenciales en el desarrollo del Suroeste (la entrada de una economía agrícola y la formación de comunidades complejas) obedecen a impulsos desde el sur, entonces resulta claro que la historia de esa región habrá que verla como reflejo de acontecimientos en el centro de México.¹ Con fundamento en esa hipótesis, Kirchhoff señaló la siguiente explicación:

Podemos suponer que en algún momento la cultura de recolectores del Suroeste se encontraba en todo el Gran Suroeste: la llegada desde el sur de una, o posiblemente varias culturas, basadas en la agricultura, redujo considerablemente el área de la cultura recolectora, y varias de las tribus que la compartían pudieron haberse desconectado geográficamente del cuerpo principal [de la cultura]. Desarrollos posteriores —el retiro de algunas secciones de la cultura de agricultores de sus posiciones de avanzada, y posiblemente la desculturización de otras, junto con la incorporación a la cultura de recolectores del Suroeste de nuevos arribos desde el norte, como los atabascanos—, hicieron incrementar una vez más [la extensión] del territorio ocupado por la cultura de recolectores y restablecie-

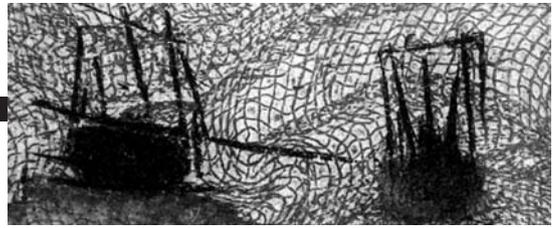
¹ Kirchhoff lo puso en estos términos: “Grandes porciones de la historia de la cultura agrícola del Suroeste parecen haber tenido como contenido principal la contracción geográfica y cultural. Esto hace de la cultura agrícola del Suroeste, su crecimiento y declinación, uno de los grupos de estudios de caso de colonias culturales adyacentes más fascinante y prometedora. No resulta necesario señalar que dicho estudio debería emprenderse teniendo como punto de partida a las culturas mesoamericanas y pre-mesoamericanas al sur” (*ibidem*, 548).

ron la continuidad geográfica entre la mayor parte de sus secciones (*ibidem*: 545).

Aceptada esta proposición de desarrollo histórico, fue posible para Kirchhoff resolver la cuestión crucial del problema clasificatorio que buscaba solucionar:

El mayor o menor número de rasgos y complejos típicos de la cultura recolectora del Suroeste que encontramos entre los miembros menos desarrollados y menos típicos de la cultura agrícola del Suroeste, pueden ser supervivencias de un estado pre-agrícola o indicadores de una desculturización y un debilitamiento general del vigor de la cultura agrícola. Su presencia, usualmente aparejada a una complejidad cultural general de nivel inferior, ha creado un número de casos de frontera para los cuales resulta difícil una asignación a la cultura recolectora o a la agrícola del Suroeste, pero estos casos son definitivamente excepcionales y, en la perspectiva mayor, permanece en un fuerte relieve el contraste básico entre las dos culturas regionales del Gran Suroeste (*ibidem*: 547).

Los casos atípicos de los *part-farmers* son, entonces, eso: primero, atípicos y, segundo, explicables pero sólo a condición de optar por una visión histórica al problema de la regionalización cultural. Eliminados, aparecen configuradas claramente dos culturas que se contrastan, antes que nada, por su base de subsistencia: recolectores por un lado, agricultores por otro.



Para Kirchhoff, entonces, la solución del problema de clasificación implicó la adopción de dos tesis muy debatibles: 1) el Suroeste no es posible entenderlo sino por relación con Mesoamérica, es decir, no hay desarrollos esencialmente independientes y, 2) la agricultura mesoamericana tiene una expansión colonizante hacia el norte y un reflujo posterior; el movimiento oscilante es el factor fundamental a través del cual se explica la presencia de los *part-farmers*.

La solución dada por Kirchhoff fue posible a través de la adopción de una proposición relativamente novedosa en el medio y que podría sintetizarse de esta manera: no es posible clasificar sin recurso a la historia, como tampoco lo es sin partir de un nivel de abstracción que permita reconocer diferencias de orden infraestructural en las sociedades, esto es, en el modo de subsistencia. Su recurso a la historia para encontrar solución a un problema de clasificación, alejó a Kirchhoff de Kroeber, pero sólo marginalmente del concepto de “área cultural”.

Kroeber, con su preocupación por la historia cultural, consideraba que la clasificación de rasgos culturales, aunque permite “sólo una organización estática y momentánea del conocimiento” (Kroeber, 1939: 1), es instrumento importante en la “penetración de la perspectiva temporal del crecimiento de las culturas tan relativamente indocumentadas como las de América indígena” (*ibidem*: 2). Para Kroeber, entonces, la clasificación precede cualquier entendimiento de la historia de los grupos que integran un área cultural: se presenta no como fin sino como paso previo dentro de un procedimiento que parte de lo sincrónico y busca el desarrollo cultural en el tiempo.

En el trabajo de Kirchhoff que estamos analizando, el procedimiento es el inverso: se parte de, o cuando menos se privilegia, al análisis histórico para resolver un problema de clasificación, presentándose este problema como un fin en sí. No se trata, entonces, de una diferencia basada en un grado de preocupación por la historia de los grupos que integran una cierta extensión geográfica, sino de métodos de investigación diametralmente opuestos.

En el discurso de Kroeber y de todos aquellos que trabajan con el concepto de “área cultural”, el elemen-

to “clímax” resulta medular. En Kirchhoff² es escasamente explotado (aun cuando entra como parte de las premisas teóricas al inicio de su artículo); de hecho, cualquier mención al elemento dentro del texto queda oscurecido o debilitado por la existencia potencial de un clímax mayor, el que corresponde a Mesoamérica. Este tratamiento parecía alejar a Kirchhoff del discurso asociable al concepto de “área cultural”. Ralph L. Beals comentó esta aparente inconsistencia de Kirchhoff de la siguiente manera:

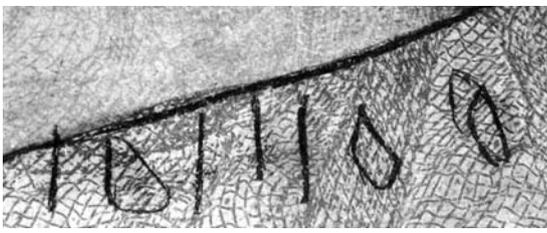
En ese trabajo, Kirchhoff todavía acepta explícitamente la vieja idea de área cultural y la existencia de un centro o foco. Ha intentado alejarse de esto al decir que no existe un área cultural en el Gran Suroeste, sino dos. Sugiero, sin embargo, que lo que ha intentado ha sido una clasificación tipológica de culturas en la parte sur-occidental de los Estados Unidos y el norte de México y mapear su distribución. Para esto no es realmente necesario el utilizar los supuestos del concepto de área cultural. Sugiero que si se hubiera olvidado del problema del área cultural y profundizado en su análisis tipológico, su trabajo habría sido más útil y estimulante [...] (1954: 551).

Beals no se da cuenta, sin embargo, que el alejamiento de Kirchhoff del par área cultural-clímax sólo es de orden formal. La dispersión de rasgos a partir de un foco, como idea, es suscrita tanto por Kroeber como por Kirchhoff; en este sentido, la única diferencia entre ambos es la magnitud del espacio donde se presenta la interpretación sobre la distribución de rasgos: Kirchhoff incluye a Mesoamérica en ese espacio.

El alejamiento de Kirchhoff, entonces, es respecto al método asociado al concepto de área cultural y no a la teoría donde ese concepto se articula; la importancia relativamente secundaria que concedió Kirchhoff al elemento “clímax” no debe distorsionar el hecho de que manejó al difusionismo como principio explicativo.

De esta manera, Kirchhoff parece haberse quedado a la mitad de un camino que, de recorrerse en su totalidad, permite alcanzar una ruptura con la historia

² Kirchhoff prefiere la utilización del término *hub* o núcleo, más asociable a la situación espacial a la que se refiere el concepto de “área cultural”.



cultural como objetivo de la investigación; así, uno parecería encontrarse frente a un ejemplo más de la imposibilidad de destruir un discurso a partir de la aceptación de los postulados que lo validan, aunque sólo sea parcial esa aceptación.

Quedaría sólo por especular sobre cuál habría sido el resultado de los esfuerzos de Kirchhoff de haber profundizado su crítica a la corriente de esa época que se dirigía, en el mejor de los casos, a la definición de límites espaciales a partir de la identificación de rasgos culturales, y la postulación de puntos de máxima expresión de esos rasgos. A diferencia de la muy extendida idea de que Kirchhoff apuntaba hacia la adopción del materialismo histórico como instrumento de análisis, nuestra sospecha es que mostraba en ese momento más consonancia con lo que poco más tarde se conocería extensamente como *ecología cultural*.

Una de las críticas más persistentes a “Recolectores y agricultores...” fue la no utilización del número máximo posible de rasgos, como hubiera resultado normal para cualquiera que en ese tiempo estuviese preocupado por cuestiones tipológicas. Kirchhoff, en efecto, resolvió el problema clasificatorio central a partir del manejo de un solo factor: el patrón de subsistencia; sólo recurrió a la tradicional manipulación de rasgos y complejos en la fase de establecer subáreas. En la adopción de un nivel de abstracción que le permitiera un mejor contraste de las culturas del Suroeste, Kirchhoff se coloca al lado de Steward y su insistencia en distinguir culturas totales de núcleos culturales.

El acercamiento a Steward, sin embargo, se hace más notorio en las conclusiones de “Recolectores y agricultores...” Ahí, discutiendo la utilidad de la construcción de tipologías como las que él produce, señala: “[una vez separadas conceptualmente las dos culturas regionales, la de los recolectores y la de los agricultores], el estudio de las relaciones históricas entre ellas, así como su inclusión dentro de los ‘tipos’ culturales universales, se hace significativa y útil” (1954: 550). Independientemente de que la primera parte de la reflexión es una invitación a seguir el procedimiento inverso al adoptado por él, es decir, a seguir el de Kroeber, la segunda parte es significativa en el sentido que se trata de una sugerencia a entrar en el campo de

la construcción de modelos de aplicación universal de los cuales pueden derivarse interrelaciones casuísticas.

Esto, claro, es especulación; debe recordarse que la última fase de Kirchhoff fue la de un acrecentado difusionismo y que la etapa de compromiso con el materialismo histórico había sido abandonada con su exilio. Pero lo que resulta indudable de las consideraciones anteriores es que en “Recolectores y agricultores...”, Kirchhoff hizo una presentación ecléctica. No es de extrañar, entonces, que sus proposiciones y procedimientos hayan tenido una acogida tan amplia. Es necesario, sin embargo, ignorar aspectos del proceso de conformación del término Mesoamérica, o algunas de sus consecuencias, para que se dé esa aceptación amplia. Para un materialista, por ejemplo, el recurso a la abstracción, el manejo implícito del modo de subsistencia como elemento de base y la importancia que Kirchhoff concede al análisis diacrónico, resultan cuestiones consonantes con su visión de la sociedad y el método para analizarla; pero para tomar el trabajo en su totalidad, es necesario ignorar, entre otras cosas, la teoría difusionista que conlleva el par área cultural-clímax y el empirismo que se asocia a los listados de rasgos culturales y las construcciones inductivas a las que invitan.

En 1943, Kirchhoff escribió “Mesoamérica...”, de todos sus escritos el que más habría de impactar a la comunidad de arqueólogos de México. Desde “Recolectores y agricultores...”, en retrospectiva, “Mesoamérica...” resulta un texto sencillo. Es un trabajo que contiene ya el elemento clave al que Kirchhoff recurrirá en su análisis posterior de la complejidad cultural del Suroeste: el recurso a la abstracción. El primer ensayo es, por otro lado, un trabajo más dentro del “paradigma de área cultural” que el posterior.

En efecto, la preocupación fundamental de Kirchhoff en “Mesoamérica...” es el trazo de límites geográficos relativamente precisos para un área cultural (“superárea” en los términos de ese artículo) y un periodo muy concreto: el siglo XVI. Aquí no recurre a la historia para resolver un problema clasificatorio; por el contrario, concluye (aunque esto último aparezca como señalamiento posterior a la fecha de la primera presentación del texto) con una invitación a la defini-



ción de la historia que permita establecer fronteras para periodos anteriores a la conquista española. Esa priorización de la sincronía y su esfuerzo por definir límites de un área cultural, lo hacen confundirse con Kroeber.

El procedimiento de análisis seguido por Kirchhoff en “Mesoamérica...” (y que prácticamente coincide con el orden de la presentación), es el de aislar primero grandes conjuntos a través del patrón de subsistencia y nivel de desarrollo cultural o, si se quiere, de compromiso con ese patrón. Por un lado, recolectores-cazadores en general, y por otro agricultores, dejando como problema clasificatorio abierto a la discusión el de los grupos oscilando entre dos tipos fundamentales de adaptación, así como el de los grupos de relativo ingreso reciente a la esfera opuesta y aquellos sensibles a la adopción de rasgos por difusión simple. La separación, sin embargo, resulta insuficiente para dar cuenta de la diversidad que cualquiera de ellos contiene, así como de su propia especificidad. La tarea siguiente, entonces, es la de establecer hipotéticamente el conjunto de rasgos culturales propios (y no la totalidad de rasgos) propios de Mesoamérica y de otras áreas (superáreas) de América. A través de un manejo de presencia/ausencia de rasgos, aísla un área, Mesoamérica, a la cual visualizará “como una región cuyos habitantes, tanto los inmigrantes muy antiguos como los relativamente recientes, se vieron unidos por una historia común que los enfrentó como un conjunto a otras tribus del continente” (1943: 4).

Con esta construcción, los arqueólogos recibieron no sólo una definición de la unidad mayor dentro de la cual enmarcar sus análisis, sino también la estimulante definición de varios problemas: primero, ¿cómo debería dividirse esa superárea, Mesoamérica, en “áreas culturales que se distinguen —decía Kirchhoff— no sólo por la presencia o ausencia de determinados ‘elementos’ sino por el grado de desarrollo y complejidad que han alcanzado, siendo las más típicamente mesoamericanas las más desarrolladas y complejas”? (nota a la tercera edición, 1967); segundo, ¿desde cuándo existe esa superárea cultural?; tercero, ¿cuál ha sido su extensión en diferentes épocas?; cuarto, ¿cuáles fueron sus focos culturales en cada una de esas épocas?

Los arqueólogos rápidamente hicieron suya la pro-

blematía avanzada por Kirchhoff, en gran medida por la aparente razón de que, aunque representara muchos años de esfuerzo, era posible resolverla en términos de los indicadores que estaban acostumbrados a manejar: tipos cerámicos, estilos arquitectónicos, etcétera. Las tareas sugeridas por Kirchhoff demandaban una primera fase de recuperación y clasificación de datos, y eso era justamente lo que en esos años se podía hacer mejor que nada. En efecto, el momento en que aparece “Mesoamérica...” es la mitad de lo que Wiley y Sabloff (1974) llaman Periodo Histórico-Clasificador de la arqueología americana; concretamente el momento en que la preocupación fundamental deja de ser la cronología y aparecen los primeros enfoques “contexto funcionales”: la inferencia funcional de Taylor y la ecología cultural y el patrón de asentamiento de Steward-Wiley. En ese punto de su desarrollo, la arqueología americana ha alcanzado un gran avance en los campos de la recuperación y registro de materiales así como en la clasificación y seriación de artefactos;³ puede mirar hacia atrás con la satisfacción de haber creado un oficio, el del arqueólogo excavador-clasificador.

Es decir, lo que Kirchhoff presentaba como problemática, cuya solución la etnología no la proporcionaba —y que correspondía a los arqueólogos resolver—, era un conjunto de problemas que la arqueología podía enfrentar eficazmente con las herramientas que en ese momento le eran disponibles. Ese fue, creemos, el gran atractivo de Mesoamérica.

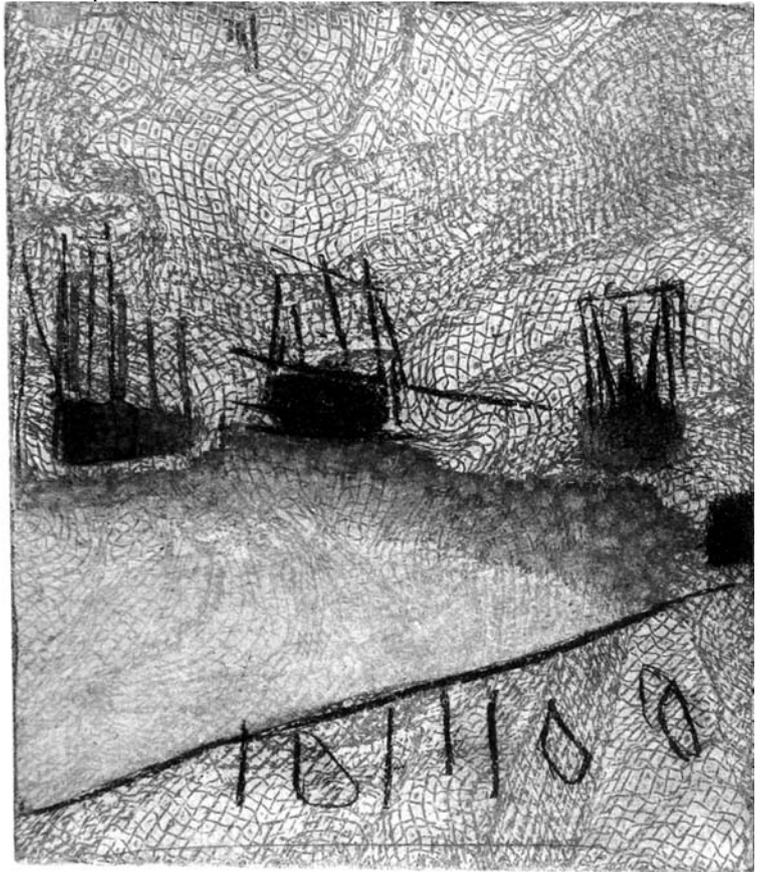
Los arqueólogos empezaron a debatir —y, de hecho siguen debatiendo— sobre los problemas concretos señalados: se amplió, tal como lo había sugerido Kirchhoff, el espacio de las excavaciones; se comenzó a zonificar la superárea; se propusieron límites de la supuesta expansión mesoamericana hacia el norte de México; se discutió acaloradamente sobre el papel que jugaban en la integración de la superárea regiones como el llamado Occidente de México; se profundizó en la relación Mesoamérica-Suroeste americano; se

³ No sería sino a partir del trabajo de Rouse (1939) y, más que nada, de John W. Bennett (1943), que se logra superar ese grado de avance en lo que se refiere a clasificación de artefactos; esos trabajos, sin embargo, no tendrían repercusión sino hasta finales de los años cuarenta.

plantearon fechas para la conformación de Mesoamérica; se discutieron posibles focos previos a esa conformación (Chupícuaro, la cultura Olmeca, la Cuenca de México, etcétera). La arqueología mexicana nunca se había entregado de esta forma a una idea: Kirchhoff se confundió con la totalidad de la arqueología.

Nuestros arqueólogos encontraron justificación a su trabajo y a las decisiones particulares que tomaban. Si lo que se necesitaba era la acumulación y clasificación de datos que permitieran una mejor definición de áreas y subáreas, entonces era posible, por ejemplo, excavar en cualquier lugar: el argumento de que no se sabía nada o se conocía poco de un sitio o región, fundamentaba toda selección, pues todos los sitios arqueológicos tienen esa peculiaridad. Si todo contribuía a la solución de la problemática, la investigación podía terminar en una simple construcción tipológica. Como la explicación se localizaba en el terreno del “contacto” y la “historia común”, se podía concluir un trabajo con una indicación de la existencia de contactos o de pertenencia a un dominio cultural. Demasiado preocupados por cuestiones de realización, los arqueólogos se olvidaron de varias cosas: del discurso histórico que estaban inconscientemente suscribiendo, y de la práctica de un difusionismo que reducía el quehacer del arqueólogo al registro espacial de rasgos culturales, la localización de focos y la interpretación de las distribuciones resultantes en términos de desplazamientos humanos.

Para muchos de nuestros arqueólogos, las operaciones de su procedimiento general de análisis se hicieron rutinarias. Las colecciones, producto de sus trabajos de campo, se manejaron con el objetivo de aislar dos grupos fundamentales. El primero, contiene los “tipos locales”; con ellos, por comparación y contraste con materiales en colecciones recuperadas por otros investigadores, se intentaría fijar límites espaciales de sus dispersiones, una operación fiel al procedimiento general de conformación de un área cultural, excepto que en este caso sólo se usa un rasgo. El segundo, sería el constituido por materiales que por su relativa baja fre-



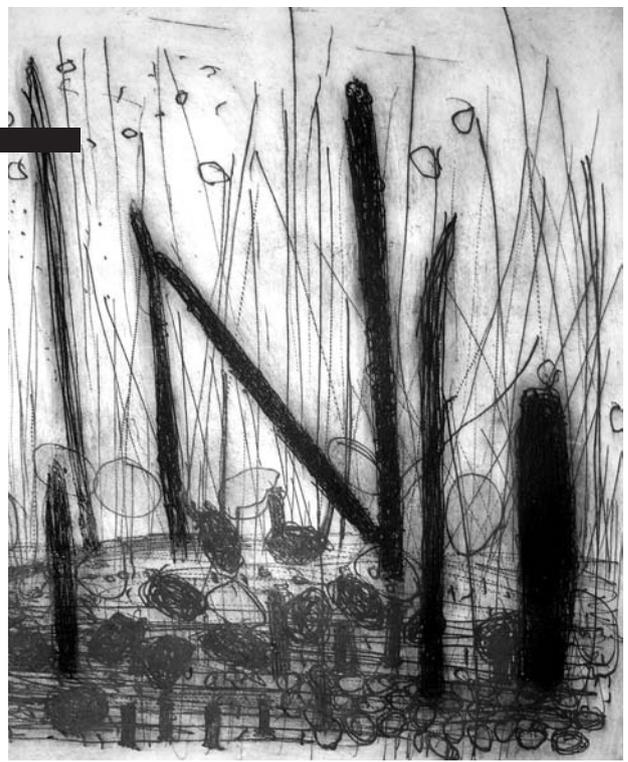
cuencia y rasgos inusuales, se presentan como foráneos, supuesto producto de comercio; con los tipos contenidos en este grupo se construiría una lista de zonas para las cuales el sitio que se trabajó mantuvo “contactos”. De llevarse el procedimiento al límite, se regresaría a los “tipos locales” para estudiarlos en la búsqueda del grupo de origen, las transformaciones que sufrieron en el tiempo y, finalmente, establecer la ruta del posible desplazamiento hasta alcanzar el sitio arqueológico que se trabajó, una operación idéntica a la que Kirchhoff realizó para postular la existencia de dos culturas en el Suroeste americano.

El procedimiento, claro, terminaba ahí; no podía ir más lejos porque ése era el conjunto del problema, operaciones y posibles interpretaciones que permitía el discurso al que se articula el concepto de área cultural y, por tanto, de Mesoamérica. Ese procedimiento, por cierto, implicaba recurrir a una igualdad, cuya validez debe de cuestionarse; se trata de la igualdad entre rasgos compartidos —sin especificar, por cierto, el nivel de similitud requerido— y una historia común. No hay duda que compartir rasgos significa compartir algo

más y que, en cierta medida, ese “algo más” debe tener un componente histórico. Pero ese componente no significa forzosamente la existencia de una interdependencia equivalente a, por ejemplo, una economía mundo. El aceptar la igualdad ha conducido a la arqueología mexicana a presentar ideas tan poco científicas como la de “cultura madre” o la de postular que el llamado colapso del Clásico Maya sólo es posible entenderlo por referencia a la unidad mayor que sería la Mesoamérica de esa época.

Quizás la mayor restricción que heredamos de la aceptación de la noción de Mesoamérica, y lo que eso representa, no sea lo que se hizo y hace, sino lo que deja de plantearse. La definición de rasgos, límites de distribuciones y el establecimiento de focos, conduce al surgimiento de problemas que la teoría asociada no tiene capacidad de contestar. Por ejemplo, si, en efecto, la cultura de los agricultores del Suroeste es una configuración producto de desarrollos al sur del área, ¿cuáles fueron las condiciones que hicieron posible la aceptación de esa otra cultura?, ¿cómo fue posible vencer los mecanismos desarrollados por los grupos del Suroeste que aseguraban su reproducción? Éstas y muchas otras preguntas que podrían plantearse, no son consideradas por Kirchhoff debido a que son interrogantes para las cuales la teoría a la base de su presentación no está capacitada para resolver.

Por otro lado, están los problemas cuyo planteamiento queda inhibido por la insistencia en perseguir ciertos objetivos. La enorme preocupación por establecer límites entre regiones culturales hizo a un lado todo el potencial de investigación relativo, por ejemplo, a formas de intercambio de ecotonos. La frontera, una vez trazada, aislaba a los grupos a ambos lados de la línea. Pedro Armillas (1964) dio un paso adelante cuando, en su análisis del norte de México, postuló una “frontera blanda” para épocas anteriores al siglo XVI, abriendo el camino a la posibilidad de trabajar en el estudio de las complejas relaciones que se establecen usualmente entre recolectores-cazadores y agricultores. Pero ese trabajo quedó aislado en medio de la insistencia de tratar a los grupos de ambos lados de la frontera como distintos —de hecho, antagónicos— y, por tanto, analizables por separado. Se obstaculizó, de esta mane-



ra, la posibilidad de estudiar, por ejemplo, la emergencia de sociedades estratificadas, producto del control de intercambios en situaciones de frontera cultural o de enfrentamiento de grupos con economías distintas. En la construcción de nuestra historia se inhibieron trabajos que explicaran situaciones concretas como la alianza entre mesoamericanos y no-mesoamericanos en la resistencia indígena a la conquista española y la razón de la hegemonía que ejercieron recolectores-cazadores dentro de esa alianza.

El tratamiento que dio Kirchhoff a los agricultores parciales indujo a ignorar el potencial que esos grupos tienen para el entendimiento de uno de los procesos que la arqueología ha estudiado con más interés. Aquí estamos frente a un caso de grupos que conocen la agricultura y que, sin embargo, la practican sólo ocasionalmente; no se trata, entonces, de conocer e incidir sobre el ciclo vegetal, sino de una posibilidad climática y una “decisión” que se toma en función de una estructura social particular. Al reducirse el problema a una cuestión de desculturizaciones y supervivencias, se ignoró su importancia como objeto de estudio y se perdió la posibilidad de comprender mejor lo que significó la revolución neolítica como proceso; lo importante de esa pérdida puede apreciarse si se toma en cuenta que se trata de grupos para los cuales existe cierta cantidad de información escrita en el momento del llamado *contacto*.

El proceso general de abstracción que permitió a Kirchhoff resolver los problemas clasificatorios con que



se encontró en el Suroeste y Mesoamérica, fue importante como señalamiento metodológico. Pero el que dio al conjunto de rasgos que utilizó en sus análisis clasificatorios, no fue homogéneo: por un lado aisló al patrón de subsistencia como elemento fundamental e incluso, determinante de la totalidad social; por otro lado, no construyó, con los rasgos restantes, un sistema que permitiera jerarquizaciones, ni explicó las relaciones que teóricamente debían establecerse entre ellos. Así, lo que se reforzó en la arqueología fue la propensión al enlistado de rasgos, al manejo de presencias y ausencias y al tratamiento de esa información como “datos duros”. Se abrió, de esta manera, un amplio espacio al empirismo.

Un balance del efecto de “Mesoamérica...” sobre la arqueología mexicana no parece arrojar, entonces, los resultados positivos que uno esperaría encontrar, guiados por la aceptación que tuvo. No solamente ha representado el suscribir un discurso de bajo potencial explicativo sino un freno al desarrollo de proposiciones alternativas, un freno proporcional a la facilidad con que se presentaron a los arqueólogos las operaciones necesarias para dar continuidad a los planteamientos de Kirchhoff.

No calificaríamos el trabajo desarrollado como inútil. El conocimiento de los materiales arqueológicos que se derivó de ese esfuerzo es un magnífico punto de partida para plantear problemas de procedimiento y de interpretación de eventos particulares que quedaron al descubierto producto de esta actividad guiada sólo por el deseo de establecer contactos, focos y límites. Si algo resulta claro de la aplicación de las proposiciones de Kirchhoff es que lo que se produce son problemas; si algo hay que retomar es la información fáctica que permite, cuando menos, establecer las unidades espaciales donde se resuelven esos problemas e, incluso, las primeras hipótesis que normen la investigación.

Esto, sin embargo, implica la necesidad de abandonar la actitud de defensa incondicional de Kirchhoff y del oficio aprendido, pertinente a su esquema. No se trata de una exhortación a abandonar la clasificación dirigida a la comparación de materiales de otros investigadores o la definición de “contactos”. Estas son operaciones legítimas e, incluso, medulares en el trabajo de

análisis arqueológico. De lo que se trata es de permitir que esas formas de manejo e identificación de materiales se dirijan a la solución de problemas más allá de los que tradicionalmente ha enfrentado una gran parte de la arqueología mexicana. Se trata de abandonar el esquema básicamente descriptivo al que se nos ha acostumbrado y de ser receptivo a nuevas formas de interpretación; de aceptar la posibilidad de nuevos caminos y, de hecho, comprometerse con ellos aun sabiendo que los primeros intentos resultarán, frente a la aparente solidez de lo otro, menos claros, más especulativos, más sujetos a la rectificación, pero también más creativos. Se trataría, en fin, de pasar de la larga fase de acumulación de datos, producido por el esquema de historia cultural, a una fase de discusión y compromiso con nuevas alternativas.

BIBLIOGRAFÍA

- Armillas, Pedro, “Condiciones ambientales y movimientos de pueblos en la frontera septentrional de Mesoamérica”, en *Homenaje a Fernando Márquez Miranda*, Madrid, Publicaciones del Seminario de Estudios Americanistas y del Seminario de Antropología Americana, 1964. pp. 62-82
- Beals, Ralph L., “Comments. Gatherers and Farmers in the Greater Southwest: A Problem in Classification”, en *American Anthropologist*, vol. 56, núm. 4, 1954, pp. 551-553.
- Bender, Barbara, *Farming in prehistory: From hunter-gatherer to food-producer*, London, John Baker, 1975.
- Bennett, John W., “Recent developments in the functional interpretation of archaeological data”, en *American Antiquity*, Menasha, vol. 9, núm. 2, 1943, pp. 208-219.
- Kirchhoff, Paul, “Gatherers and Farmers in the Greater Southwest: A Problem in Classification”, en *American Anthropologist*, vol. 56, núm. 4, 1954, pp. 529-550.
- , “Mesoamérica: sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales”, en suplemento de la revista *Tlatoani*, México, 1967.
- Kroeber, Alfred L., *Cultural and natural areas of native North America*, (Publications in American Archaeology and Ethnology, 38), University of California, 1939, pp. 1-242.
- Rouse, Irving, *Prehistory in Haiti, A study in method*, New Haven, Yale University (Publications in Anthropology, 21), 1939.
- Sauer, Carl O., “Comments. Gatherers and Farmers in the Greater Southwest: A Problem in Classification”, en *American Anthropologist*, vol. 56, núm. 4, 1954, pp. 553-556.
- Wiley, Gordon R., *An introduction to American Archaeology, vol. 1, North and Middle America*, Prentice-Hall, 1966.
- Wiley, Gordon R. y Jeremy A. Sabloff, *A history of American Archaeology*, Londres, Thames and Hudson, 1974.